

fué á cazar; su halcon persigue á los pajarillos, y su dama ha elegido otro esposo.

» Podemos, pues, tener un opíparo banquete. Tú te fijarás en el hueso blanco de su cuello; yo le arrancaré los ojos azules, y despues tomaremos un mechón de sus cabellos rubios para nuestro nido, si se endurece.

» Muchos fingirán sentir su muerte en el mundo; pero nadie tratará de averiguar su paradero, y el viento soplará siempre sobre sus ojos emblanquecidos. »

Muchas veces tambien en otras lenguas los animales aparecen como maestros de moral; así sucede en este canto griego citado por Fauriel:

Una Hebreá segaba y estaba en cinta; de tiempo en tiempo segaba y sentía los dolores.

Apoyóse en la gavilla; dió á luz un niño de oro, y se puso el delantal para ir á ahogarle.

Una perdiz la encontró y le dijo: « ¡Insensata perra, hebreá inicua, inmunda! Yo tengo diez y ocho polluelos y padezco para alimentarlos, ¡y tú tienes un niño de oro, y quieres ahogarle! »

Entre las canciones griegas, otra se parece á la antes citada, mostrando por una parte el deseo de la vida, cual lo mostraba ya Aquiles en la Odisea, y por la otra el pronto olvido que aguarda al que muere:

¡Dichosos los montes! ¡Felices las montañas, que no esperan la muerte, que no temen morir! El verano les da rebaños, el invierno nieves.

Tres valientes quieren quebrantar la clausura del abismo: uno dice que saldrá en mayo, otro que en el estío, el tercero en el otoño, cuando se esté cosechando la uva.

Una jóven de cabellos rubios les habló así en el mundo de los muertos: « Llevadme tambien á mí, ¡oh valientes amigos! al mundo sereno.

— Jóven, hacen ruido tus vestidos, tus cabellos silban, se oye el golpe de tus tacones, y la muerte advertirá nuestra fuga.

— Yo me quitaré los vestidos, cortaré mis cabellos, y dejaré el calzado de tacon en la escalera. Llevadme, ¡oh valientes amigos! llevadme tambien á mí al mundo de arriba; dejad que vaya, y vea á mi madre, la cual se aflige por mí; dejad que vaya y vea á mis hermanas, las cuales lloran mi ausencia.

— Jóven, tus hermanas danzan en el baile; jóven, tu madre parlotea en la calle. »

§ 11. CANTOS ESCOCESSES.

Las canciones de Escocia son mas breves y vivas, y de color mas cargado, de diálogo mas dramático que las inglesas. Se usaron mucho en el último siglo en contra del gobierno y á

favor de los Estuardos; Gil Christ, James Hogg y Allan Cunningham recogieron muchas.

Para indicar la usurpacion de la casa de Brunswick se decía: « El gato subió al nido del águila, se comió los huevos y maltrató á la madre; pero, ¡ay del ladron cuando el padre vuelva! »

Y contra el rey Jorge: « ¿Habéis visto á Giordio Welps con su buena esposa? ¿Habéis visto á su majestad Giordio á caballo en un ganso? »

Y otras veces: « Jacky (nombre familiar del rey Jacobo) fué á Francia con lady Montgomery; han ido á aprender á bailar: Madama está pronta. Luego vendrán llenos de fuerza, con armas, frescos y hermosos; Dios les asista cuando bailen su danza con Giordio. »

Y al promediar el siglo, como creciesen las esperanzas, cantaban: « El viento sopla de la tierra que amo, y por intervalos eleva las pardas olas. Buscad al hijo en el valle; pero buscad allí tambien al real Carlino (el príncipe Carlos): diez mil espadas saldrán de las vainas, y sus golpes serán profundos y mortales: el poder de los Gordon, el orgullo de los Erskine vivirá y morirá con Carlino. El sol se levanta resplandeciente; el mar ruge á lo léjos; rara es hoy la flor de lis.

» Si yo fuese ave, si tuviese alas con qué volar, atravesaría los mares para ir á ver á las personas que amo. Y diría una alegre nueva á alguno que me es muy querido, y me posaría en la ventana del rey para cantar allí mi melodía. La serpiente está en el nido del cuervo, oculta bajo la nidada, y la bocanada de viento que ha de llevarse esta, arrojará en nuestras costas á nuestro buen rey. Soplad, pues, á Levante; soplad á Poniente; soplad, ¡oh vientos! sobre la espumosa llanura; conducid al que mas amo, y á uno que no me atrevo á nombrar. »

Despues, cuando la batalla de Culloden destruyó las últimas esperanzas, la elegía expresaba de este modo su sentimiento:

« Había una jóven en Inverness, alegría de toda la ciudad; era viva como la alondra en el tallo de una flor, cuando deja el nido por la primera vez.

» En la iglesia, ganaba el corazón de los ancianos; en el baile, atraía las miradas de los jóvenes: era la mas alegre entre los alegres, en los mercados y en la procesion.

» Cuando yo pasaba por Iverness, el sol de verano iba á ponerse, y allí vi á la doncella, que recorría la ciudad sollozando.

» Los hombres de los cabellos blancos salían todos al camino, y las mujeres de edad avanzada gritaban: ¡Qué triste espectáculo! La flor de los jóvenes de Inverness yace en la sangrienta llanura de Culloden.

» Ella se arrancaba los brazaletes de oro, y sus hermosos ojos se inundaban de lágrimas: ¡Ah! mi padre ha perecido en Carlisle, la sangrienta; en Pseston yacen mis tres hermanos.

» Yo creía que mi corazón no podría sufrir

mas, que mis lágrimas estuviesen ya agotadas; pero de repente la muerte de otro me rompió el corazón, de otro que amaba mas que á ninguno.

» El día antes me había jurado darme tres prendas de boda; ahora descansa en brazos de la sangrienta guerra para no pensar mas en mí.

» Las flores del bosque serán mi lecho; mi alimento las semillas silvestres; las hojas que se caen cubrirán mi helado cuerpo, porque no quiero volverme á despertar. »

Esta otra balada escocesa recuerda las cacerías peligrosas:

Jonas de Breadisle.

Una mañana de mayo, Jonas se levantó y pidió una palangana para lavarse las manos. « Soltad las cadenas de hierro que sujetan á mis fieles lebreles. »

Al oír esta orden, la madre de Jonas se torció las manos abrumadas de disgusto. « ¡Ah! Si te es cara la bendición de tu madre, Jonas, no entres en el bosque. No te falta ni pan de trigo ni buen vino; así, no vayas á exponerte por la caza miserable. Jonas, te lo suplico, no pases el umbral. »

Pero Jonas preparó su arco, escogió una á una sus flechas, y entró luego en el Durrissdeer para cazar el gamo salvaje.

Al bajar al Merriemass, divisó un gamo echado bajo un matorral. Disparó una flecha, y el gamo se levantó y huyó; le había herido en un costado, y los perros se apoderaron de él entre la costa y el río.

Jonas descuartizó el gamo, le extrajo los pulmones y el hígado, y sus perros se regalaron como hijos de conde, bebiendo tanta sangre y comiendo tanta carne que al fin se echaron sobre la yerba medio dormidos con Jonas.

Un anciano labriego acertó á pasar por el bosque; ¡mal haya mil veces! y corrió hácia Hislinton donde estaban los siete guardas.

« ¿Qué vienes á decirnos, labriego de los cabellos blancos? — Vengo á decirnos lo que acabo de ver con mis propios ojos. Bajaba del Merriemass, cuando vi tendido á la sombra de los matorrales de espino blanco á un hermoso jóven, que dormía rodeado de sus perros. Su camisa es de lienzo fino de Holanda; su vestido del mejor paño; los botones de la manga de luciente oro, y sus perros tenían la cola ensangrentada. »

El jefe habló entonces y dijo: « Sin duda es Jonas de Breadisle; ningun otro se aproximaria tanto. »

El sexto guarda dijo á su vez: « Si es Jonas de Breadisle, morirá á nuestras manos. »

Á la primera descarga de flechas, los guardas hirieron á Jonas en la rodilla. Entonces el séptimo guarda dijo: « Una sola flecha nos le acabará. »

Jonas apoyó la espalda contra una encina, el pié en una piedra, y mató á los siete guardabosques, exceptuando á uno solo. Pero á este le rompió tres costillas y la clavícula, despues le atravesó sobre un caballo, y le dijo que llevase sus noticias á casa.

Un estornino voló hácia la ventana de su madre, y empezó á cantar, siendo el estribillo de su canto: Jonas tarda mucho.

Tomaron una rama de madroño, otra de manzano silvestre, y fueron en mucho número á traer á Jonas. Entonces su anciana madre lloró amargamente.

« ¡Ah! yo te había suplicado, hijo mio, que no fueses á cazar. Muchas veces he llevado á Breadisle grandes riquezas; pero nunca he vuelto allá tan melancólica conduciendo un tesoro. »

« ¡Mal haya mil veces el anciano labriego! Un día recibirá su merecido en la punta del árbol mas elevado de las orillas del Merriemass.

Hoy el arco de Jonas está roto; sus fieles perros no existen ya; su cuerpo reposa en Durrissdeer, y su caza ha concluido.

En la que sigue se advierte mas la rapidez y el vigor escoces:

Maxwell.

« ¿ Adónde vas, anciano labriego enfermo, y qué objeto te lleva hácia allá? — Valiente soldado, voy á la colina para hacer cambiar de pasto á mi rebaño. »

El anciano labriego enfermo dió dos ó tres pasos con toda la ligereza de un jarrete vigoroso.

« Veo que eres un viejo robusto: ¿quieres enseñarme el camino? »

Y anduvo con el anciano labriego enfermo á la grupa hasta el extremo del bosque. « Desmontadme ahora, y desmontaos vos tambien, fuerte soldado, pues no es posible ir mas léjos á caballo. »

El soldado tiró de la brida del caballo y se lanzó de un salto al suelo. Su vestido era encarnado, con adornos de bellotas de oro.

Entonces el anciano labriego arrojó su sayo, se quitó el gorro, y resultó ser el jóven Maxwell que sacó á relucir la formidable espada.

« Tú has asesinado á mi padre, infame Soutron; tú has degollado á mis tres hermanos; tú has despedazado el corazón de mi única hermana, á quien amaba como á la niña de mis ojos.

» Saca tu espada teñida aun con la sangre de mi familia. Esa espada ha cortado la mas preciosa flor que el sol ha visto...

» Este golpe mortal es por mi anciano padre; estos dos por mis hermanos; este en el corazón por mi única hermana, por la hermana que amaba como las niñas de mis ojos. »